

les de Douai, y Malpaix, canónigo de aquella iglesia, todos amigos y confidentes de Ligny, recibieron también cartas del supuesto Arnaldo y respondieron a ellas. Multiplicáronse las cartas de una y otra parte; estrechóse la amistad; la correspondencia se hizo cada vez más interesante, y jamás un trato por cartas ha causado recíprocamente mayor placer; tuvieron ellos por un deber muy agradable derramar su corazón en el seno de un hombre á quien miraban como su maestro y amigo, como á su guía y su padre. El fingido Arnaldo lo era todo para ellos. «Venero tanto, le decía uno (1), ¡Dios me es testigo de que no miento! venero tanto las verdades que vos tan generosamente defendeis, cuanto pudo venerar Timoteo las que anunciaba San Pablo.» «Estoy pronto, le decía otro (2), á hacer y padecer todo lo que ocurra; á abandonar el puesto que ocupo, á disfrazarme, á permanecer oculto en cualquiera soledad, cerca ó lejos de vos, como lo creais oportuno para el bien de la Iglesia.» Semejante ofrecimiento hubiera sin duda enternecido al verdadero Arnaldo; el que había tomado su nombre no hizo más que reírse. Pero él deseaba alguna cosa más que palabras, y la trama estaba tan bien urdida, que podía indudablemente esperar de ella un suceso ruidoso.

Redactó unas tesis, cuales las hubieran podido componer los devotos de Port-Royal, y las remitió á Douai con una carta en que decía, habían sido defendidas en Malinas, cuyo arzobispo, esclavo de los jesuitas, quería censurarlas, pero que no osaría este prelado abrir su boca cuando viese el número y peso de las aprobaciones que se recogían por medio de ellos en favor del escrito. Ligny, á quien se había dirigido, comunicó la carta á sus confidentes, y devolvió al autor las tesis firmadas por él y los suyos, aunque explicando algunos

(1) *Ep. Ligny*, 6 Aug. 1690.

(2) *Ep. Gilbert*, 24 Oct. 1690.

artículos en los que temían esponerse demasiado. No dejaron de añadir el motivo de su reserva, y dijeron paladinamente que no podían explicarse con toda claridad, sin dar motivo á los enemigos de la gracia de acusarles á lo menos de contradicción, porque se habían visto precisados á suscribir un escrito que explicaba la gracia eficaz y suficiente en el sentido de los tomistas. En verdad no pensaban ellos como esta escuela, cuya gracia suficiente miraban como una ilusión; mas creyeron necesario adoptar sus palabras para ocultar mejor sus propios sentimientos, y no dar armas á sus enemigos antes que llegase el tiempo del combate. Además, como las tesis que reconocían por muy exactas y eminentemente católicas, aparecían demasiado fuertes á las que solo estaban acostumbrados al lenguaje de la escuela, parecióles conveniente agregarles la explicación más á propósito para impedir la censura. De esta suerte se escusaron humildemente en un gran número de cartas por la libertad que se habían tomado en poner notas á las tesis, cuya aprobación se les pedía.

Si bien estas cartas equivalían á una pura y simple suscripción, el falso Arnaldo no se contentó con ellas, y exigióles una suscripción pura y simple, remitiéndoles un nuevo ejemplar de las tesis. La docilidad fue perfecta; devolvieron las tesis suscritas pura y simplemente; y aun más, las suscripciones iban legalizadas por un notario. Las tesis contenían siete artículos, que en sustancia decían lo siguiente: «Primero, que la gracia eficaz no se da siempre ni á todos los hombres, se prueba tanto por el consentimiento de todos los teólogos, cuanto por la experiencia de todos los pecadores. Segundo, que esta gracia sea necesaria para que el hombre tenga un poder verdadero y propiamente dicho para obrar el bien, lo afirman todos los instruidos en la tradición y en la doctrina de los Padres. Tercero, de donde se sigue, que los que admiten la gracia

suficiente en el presente estado de la naturaleza, se apartan infinitamente del sentir de San Agustín que no reconoce otra gracia que la eficaz. Cuarto, la gracia suficiente en el sentido de los tomistas parece menos mala, porque incluye una espresión que escluye la suficiencia, y porque es muy propia para ocultar en estos tiempos borrascosos los misterios de la gracia evangélica. Quinto, por cuanto se condenó el pecado filosófico, la ignorancia, al menos la del derecho natural, no escusa de pecado. Sexto, es conforme á los principios de San Agustín negar absolutamente que después del pecado del primer hombre haya quedado aquella especie de libertad que consiste en la indiferencia de la voluntad para determinarse en pro ó en contra según la place, y en el poder de obrar ó de no obrar sin algún impedimento. Sétimo, cuando se habla del estado presente, desechamos la necesidad que se llama de naturaleza, y que lleva consigo la inmutabilidad, mas nada debe impedirnos que admitamos con San Agustín cualquier otra especie de necesidad.» Si la doctrina de estas tesis es, como se ve claramente, el jansenismo puro, con igual claridad se ve que el jansenismo no era un fantasma, pues los engañados de Douai afirmaron de mil maneras que esta era la creencia de su partido. A más de la suscripción, confirmaron en muchas cartas la confesión que ya habían hecho. «Estoy persuadido, decía Ligny, que los Papas han erradamente condenado á Jansenio. El obispo de Iprés, añade el mismo en otra carta, ha sido condenado por una facción de molinistas; jamás enseñó otra doctrina sobre la gracia que la de San Agustín... Nunca dieron los Papas prueba más evidente de su falibilidad que condenando las cinco proposiciones en el sentido de Jansenio (1).» «Habeis salvado, escribía el doctor Gilbert, la doctrina evangélica sobre la gracia de Jesucristo, de la herida que le hizo Alejan-

(1) *Ligny*, *Ep.* 1 et 23, Nov. ann. 1690.

dro VIII con su constitución, cuya llaga no está aun bastante cicatrizada.»

Duraba ya un año esta comedia, cuando el supuesto Arnaldo, habiendo recogido todas las pruebas que deseaba, preparó el desenlace con una escena más cómica que todas las anteriores. Hacía ya algún tiempo que lisongeaba al abate de Ligny con la esperanza de un ventajoso establecimiento en Francia al lado de un santo obispo, que no pensaba (según él decía), que no escribía, que no hablaba sino con las palabras de San Agustín. Avisóle en fin que era llegado el tiempo de partir, que podía con toda seguridad enviar sus libros, sus cartas y sus papeles más preciosos á una posada que le señaló en Valenciennes, y él los haría llegar por camino seguro á manos del santo obispo. Docil á esta orden preparó Ligny su bagage, lo remite al lugar indicado, de donde se procuró sacarlo cuanto antes, y dispone todo lo necesario para el viaje. Recibe poco después otra carta, en que se le decía ser muy conveniente que partiese sin detención, se le señalaba el camino que debía seguir, y se le recomendaba principalmente que viajase con toda comodidad sin perdonar gasto alguno, pues debía estar seguro del reembolso. Mas como nada podía causar tanto placer á este hijo como el abrazar por fin á su amado padre, se le afirmaba que lo encontraría en Carcasona, ciudad cercana á la tierra feliz que se le había prometido y cuyo nombre permanecía siempre oculto como un misterio. Debía descansar en Carcasona en casa del dean de la catedral, para quien se le había dado una carta, y su padre que en Flandes era llamado Santa Cruz y Pui-Laurent en París, debía ir, bajo el nombre de Valle-Dieu, á casa del dean para desde allí conducirlo al santo obispo indicado que le esperaba con impaciencia. Preparado todo de esta suerte, el bachiller Ligny vendió sus muebles, da el último y tierno adiós á sus amigos aunque sin comunicarles su secreto, emprende el camino,

supera con invencible constancia las incomodidades del largo viage de Douai á Carcasona, y va á apearse con igual seguridad á casa del dean de esta catedral, á quien inmediatamente le presenta su carta de recomendacion, la cual estaba concebida en estos terminos: «Señor: el dador es el eclesiástico que viene de tan lejos para servir á nuestro santo obispo. Seria necesario recorrer todo el mundo para encontrar un hombre de su mérito, de su virtud y de su erudicion. Es enemigo capital de los jesuitas, es nuestro cual el que mas; admite las cinco proposiciones de Jansenio; sabe que este santo prelado fué condenado por una conspiracion; en una palabra, es un hombre capaz de inspirar á toda la diócesis los sentimientos de Mr. Pavillon, de santa memoria. Dadle, os ruego, alojamiento en vuestra casa, y todo el dinero que necesite, hasta que vaya yo á conducirlo en mi carruage al lugar de su destino. Soy etc. — *Santa Cruz*.» — Cualquiera puede imaginar cuál seria la sorpresa del dean que no tenia noticia alguna de aquel embrollo. La del viagero fué aún mayor, pues por la acogida que se le hizo reconoció en fin, aunque demasiado tarde, que se le habia engañado, y tuvo que pensar inmediatamente en su regreso.

Entretanto advertia el supuesto Arnaldo á los burlados confidentes de Ligny que estuviesen alerta. Manifestábaseles que un pérfido doméstico le habia robado sus cartas, sus papeles y una porcion de sus libros; que no dudaba que este ladrón, el mas infame de los hombres, descubriría su secreto y trataría de hacer fortuna á espensas de su amo; que les aconsejaba se escondiesen por algun tiempo hasta ver que giro tomaba el negocio, porque se obra siempre mejor gozando de libertad que consumiéndose en una prision, donde se pasan años enteros sin lograr audiencia. No contentándose con esta carta tanto como queria el fingido Arnaldo, les hizo saber por otra que sus primeros temores eran sobradamente fundados;

que el ladrón doméstico habia ido á la corte llevando sus cartas y papeles, los que fueron examinados y en los que se encontraron cosas horribles contra la Religion. Poco despues salió á luz un escrito con este titulo: *Carta á un doctor de Douai sobre los asuntos de su universidad*. Contenia este escrito las famosas tesis, con sus aprobaciones y los nombres de los que las habian aprobado, y los fragmentos de sus cartas, las que se imprimieron despues con este lema: *Secretos del partido de Arnaldo poco ha descubiertos*. Sin embargo, no cayó aún el velo de sus ojos. ¡Tanto se habian dejado ofuscar! Fué preciso que el que lo habia tendido lo descorriese por su propia mano. Cuando supo el verdadero Arnaldo lo acontecido, se lamentó con espantosos gritos al obispo de Arras y al príncipe de Lieja, escribiendo dos cartas llenas de injurias contra los jesuitas, á quienes acusaba de haber al menos dirigido la trama si no la habian urdido. Trataba al autor, cualquiera que fuese, de impostor, de embustero, de doloso, de falsario, de malvado, de infame, de ángel de Satanás y de órgano del demonio. Representaba á los ya descubiertos novadores como corderitos inocentes, victimas de su propia inocencia. En vano se apoyaba en su simplicidad, porque ello siempre era cierto y evidente que estos teólogos, que se decian tan buenos y tan sencillos, se burlaban de todas las decisiones de la Iglesia, y sostenian en su corazón la doctrina que querian hacer pasar en público por una quimera ó un fantasma.

El fin que se habia propuesto el autor de toda esta comedia, no habia sido solamente dar al público un asunto de risa á espensas de los jansenistas. Desde que salió á luz la *Carta á un doctor de Douai*, citó esta universidad á los individuos suyos mencionados en el escrito, para saber si concordaban los hechos con las noticias que allí se daban. No pudieron estos alegar otra disculpa en su favor, que decir que los fragmentos publicados de sus

cartas tendrian un sentido mas tolerable, si se hubiesen publicado las cartas por entero y se leyese junto todo el contesto de ellas. Mas para quitarles ó inutilizarles esta defensa, el supuesto Arnaldo entregó todos los originales al P. Payen, rector del colegio de jesuitas de Douai, para que los mostrase á todo el que deseara verlos. El obispo de Arras fué uno de los curiosos, y quiso al parecer, en calidad de juez de la doctrina en su diócesis, apoderarse legalmente de estos papeles, lo que obligó al fingido Arnaldo á enviarlos á Paris. Pasó él mismo á esta ciudad de allí á poco, y presentose al rey que estaba informado de toda la trama, y que la miraba como un ingenioso ardid de guerra. Puede, sin embargo, objetarse que la fe no debe conservarse sino por los medios con que se estableció, sin lastimar jamás ni aun en apariencia las leyes del candor, sin que la prudencia de la serpiente haga olvidar jamás la sencillez de la paloma, ó tome siquiera un falso aire de doblez. Por lo demás, al abate de Ligny se le indemnizó de los gastos de su viage y del valor de sus libros; pero que indemnizacion para semejante afrenta!

Mandó el monarca que todos los papeles interceptados en Douai se entregasen á los profesores de teología de la Sorbona y á los de Navarra, para que averiguasen si se enseñaban en ellos los errores condenados por Inocencio X y por Alejandro VII. Los diez profesores, despues de una discusion que duró cerca de dos meses, declararon (1) que dichos escritos contenian formalmente la doctrina de las cinco proposiciones de Jansenio, é impugnaban con términos injuriosísimos las constituciones de los Papas. El castigo siguió de cerca á la sentencia: Gilbert estaba ya desterrado en San Quintín, á Laleu se le señaló por destierro la ciudad de Mans, á Rivette la de Coutance, á Ligny la de Tours, y la de Sautes al canónigo Malpaix. Dos hermanos de Rivette y el

cura Malpaix, hermano del canónigo, fueron estrañados del reino.

Por este tiempo se emprendió una negociacion muy seria en favor de la Religion, que no tuvo al fin ningun efecto. Se habia intentado muchas veces, y siempre en vano, conciliar las discordias de religion y pacificar los disturbios que causaban en Alemania. Habiendo practicado algunas diligencias con los ministros protestantes el obispo Neustadt, á consecuencia de las nuevas deliberaciones de las dietas sobre este punto, adoptó el proyecto con mucho ardor el emperador Leopoldo, y sostuvo con su autoridad al prelado mediador. En el año de 1691, le espidió un rescripto que le daba amplias facultades para tratar de los asuntos de Religion con todos los Estados, comunidades, y particulares de su dependencia. Autorizado el obispo en esta forma, trató por espacio de siete meses con Molano, director de los consistorios del pais de Hannover, que habia sido elegido entre los teólogos protestantes para conferenciar con él, y poco despues logró que entrase en esta negociacion el sabio obispo de Meaux.

Dícese que hubiera podido tener buen éxito, á no haber sido por los embrollos de Leibnitz, el cual se mezcló en esta controversia con miras mucho menos pacíficas que las de Molano. Es verdad que este dió siempre á entender que tenia intenciones rectas, y deseaba sinceramente la reunion; pero ¿cuál era su plan? Quería Molano que se principiase reuniéndose condicionalmente, y que despues se conviniese en los dogmas de fe. Bossuet prometía que en los puntos de disciplina usaria la Iglesia con los protestantes reunidos de todas las condescendencias que unos hijos enfermos, pero sumisos, podian esperar razonablemente de una madre tierna; pero firme en nuestros principios queria que reconociesen ante todas cosas el dogma de la infalibilidad de la Iglesia; que despues examinasen de buena fé lo que esta cree y lo que reprueba, y que en conse-

(1) *Parceat doct. de los prof. 26 de diciem. 1691.*
B. del C., tomo XXI.—VIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VI.

cuencia arreglasen bajo estos fundamentos los artículos de la confesion de Augsburgo, modificándolos por vía de esplicacion para evitar la vergüenza de una retractacion formal. Despues de esto debian volver á juntarse, á fin de hacer el concilio de Trento ecuménico con respecto á ellos, autorizándole con sus votos. ¡Qué enorme intervalo dejan entre los dos partidos unos proyectos tan distintos! La fé es inmutable por su naturaleza; la heregia lo es tambien por su obstinacion. ¿Pues cómo han de conciliarse sin destruir una ú otra? En todas las negociaciones de esta clase, lo menos malo que ha sucedido siempre, ha sido perder el tiempo. En las obras póstumas de Bossuet se han recogido todos los escritos relativos á este asunto, con la esperanza (dice el editor) de que podrá algun dia entablarse de nuevo bajo el mismo plan, y terminarse felizmente; pero ¿podrá esperarse que esto se realice?

La Providencia proporcionó un nuevo testimonio, asi de la perpetuidad como de la catholicidad de la fé romana, contra los sectarios que no querian volver á abrazarla. En estas circunstancias, Calinico, patriarca de Constantinopla, aprobó sinódicamente la confesion de su predecesor Partenio acerca de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristia, y condenó los escritos del logoteta Juan Cariófilo, que con pretexto de proponer algunas dificultades sobre la palabra *transubstanciacion*, parecia establecer unos errores conformes á los del antiguo patriarca Cirilo Lúcar. Asi los griegos, á pesar de su aversion á la Iglesia latina, hacian justicia al concilio de Trento, que habia adoptado este término sacramental. Calinico era el segundo patriarca de Constantinopla que levantaba el grito contra las novedades contrarias al dogma de la real presencia, además de los obispos de las otras grandes Sillas del Oriente, que manifestaron la misma unanimidad en este punto de creencia. Tan profundamente estaba grabado en el corazon de todas las naciones cristianas!

En el discurso del año siguiente 1692, dispuso el cielo un acaecimiento aun mas glorioso, é incomparablemente mas ventajoso á la verdadera Iglesia de Jesucristo, cuya entrada se hizo libre en la mas numerosa nacion que hay en el universo (1). Hasta entonces el imperio de la China, donde se cuentan mas de cien millones de almas, habia estado cerrado, en virtud de leyes que se reputaban fundamentales, á todas las religiones extranjeras. La Religion cristiana sobre todo estaba severamente escluida de un imperio en que procuraban conservarse las potestades infernales como en su patrimonio mas floreciente. Habia excepciones fáciles á favor de los mahometanos y de las sectas mas extravagantes y perniciosas; pero aunque existian en el imperio muchos cristianos, y aun cristiandades considerables en varias provincias, no se cesaba de inquietarlos, se los perseguia ya en un paraje, ya en otro, y todos los dias se veian amenazados de una proscripcion universal.

Aumentóse mas que nunca este peligro á causa de la profunda malicia y del poderoso influjo de Tcham-Tein-yun, virey de la provincia de Chekiam. Era este un malvado de primer orden, que bajo un exterior modesto, y aparentando virtud, ocultaba unas pasiones violentas. Se habia grangeado el aprecio del emperador, porque siendo gobernador de una ciudad pequeña se portó con mucho desinterés, persuadido de que esta conducta le elevaria á los primeros empleos, donde podria indemnizarse muy bien de lo que hubiera costado su reputacion. Un hombre de este carácter no podia amar al cristianismo; y por otra parte tenia un interés de orgullo en declararse contra esta Religion. Habiendo mandado hacer un ídolo el tesorero general de la provincia, para que les diese agua en una gran sequía, convidó al virey á la inauguracion de

(1) Hist. del edict. del Emp. Chani-ki, á fav. del crist. de las Mem. de la China.

la nueva divinidad, y á que le ofreciese el primer incienso. Como el virey se preciaba de ser de la secta de los sabios y de los filósofos, que siguen una especie de deísmo que profesan el emperador y los mandarines, estando reducida la idolatria al orden popular, respondió en tono de orgullo y de mofa, que él no pedía á unos dioses que nada podian dar. «Ya os entiendo, respondió el tesorero ofendido: eso es decir que sois cristiano.» Por mas que quiso defenderse de este cargo el virey, fingieron que no le creian, y se burlaron de él mas de una vez: lo que le indispuso en tales términos contra los cristianos, que resolvió acabar con ellos. Luego que creyó estar consolidada su autoridad, les movió una persecucion que pareció efecto de casualidad, y era obra de una meditacion profunda y ejecucion de un designio concertado mucho tiempo antes. Las providencias dadas no era fácil que fallasen, porque eran indirectas, y se habia procedido en ellas con mucho sigilo. Tenia poderosos amigos en la corte, y en las provincias debian sostenerle con su valimiento, y aun en caso necesario con su dinero, los partidarios del deísmo y del ateísmo, del mahometismo y de la idolatria. Veamos ahora cómo se llevó á cabo la persecucion.

Un cristiano de la pequeña ciudad de Linggan riñó por desgracia con un pariente suyo que era idólatra. Quejóse este inmediatamente al gobernador de la ciudad, y acusó á su pariente de que profesaba la Religion cristiana. Estimulado el gobernador, segun todas las apariencias, por los emisarios del virey, hizo comun á todos los cristianos la causa del acusado; trató al cristianismo de secta perniciosa, imprimiendo carteles para esto, y prohibió que le profesase ninguna persona de las que estaban sujetas á su jurisdiccion. El P. Intorcetta, jesuita siciliano, y uno de los misioneros que tenian mas esperiencia de las cosas de la China, previó desde luego que aquella chispa iba á causar un incendio general. Como vivia

en Hamcheou, capital de Chekiam, donde gobernaba una de las iglesias mas florecientes de la mision, fué á buscar al gobernador de quien dependia el de Linggan, y no omitió ningun medio de cuantos le parecieron propios para sofocar el asunto en su origen. Estaba urdida la trama entre todos los oficiales de la provincia, adictos al virey; y asi, no solo fueron inútiles los esfuerzos del P. Intorcetta, sino que fué él mismo comprendido en la causa, como tambien el P. Alcalá, religioso de Santo Domingo, con pretexto de que habia ido desde la provincia de Canton á establecerse en la de Chekiam sin tener orden para ello.

Los PP. Alcalá é Intorcetta tuvieron que comparecer en todos los tribunales infieles, y se presentaron con el mismo espíritu con que lo hicieron antiguamente los Apóstoles en la Sinagoga, esto es, llenos de alegría por tener que padecer oprobios por el nombre de Jesucristo. El primer designio del virey era derribar la iglesia de su capital, pues la miraba como el triunfo y el mas bello trofeo del cristianismo en la China. En efecto, era la mejor y la mas hermosa de toda la China, pues aunque el edificio no era tan grande como la mezquita principal que tenian los mahometanos en la misma ciudad, era mas regular y estaba mucho mejor adornado. Tenia una nave principal y otras dos mas pequeñas con tres altares y un riquísimo pavimento en toda su estension. Brillaban por todas partes el oro y el lapis-lazuli, embutidos sobre un barniz mas terso que un espejo. Pero lo mas precioso que contenia para los neófitos y lo que mas incomodaba al virey, era una coleccion de cuadros instructivos, copiados de los buenos modelos de Europa. Representaban la vida de Jesucristo desde su nacimiento hasta su Ascension, los misterios de Maria Santísima, los doce Apóstoles, los cuatro Evangelistas y los otros Santos mas célebres, las cuatro postrimerias del hombre y los hechos mas notables, asi de la Historia sagrada como de la Eclési-

tica. El P. Intorcetta, con la fuerza de sus razones y con todos los recursos de una habilidad poco común, defendió este augusto monumento, preservándole de los atentados del perseguidor. Por mas adictos que fuesen al virey los oficiales de los tribunales subalternos por donde debia pasar sucesivamente el asunto, encontró en ellos Tcham-Tein-yun una repugnancia ó un temor que nunca pudo vencer. Hallaron que sus procedimientos eran contrarios á lo prevenido por las leyes y á las costumbres del país; y no quisieron arriesgar sus empleos por satisfacer la pasión de un político, que en caso de que la corte reprobase aquella empresa, no dejaría de justificarse personalmente manifestando sus sentencias. En efecto, hubiera sido una audacia estremada y una temeridad visible hacer una injuria tan atroz á una Religion protegida en todas ocasiones por el emperador, y especialmente derribar, sin orden expresa del tribunal de ritos, una iglesia que habia respetado este mismo tribunal en las mas furiosas persecuciones anteriores.

Entre los cristianos de esta provincia habia un médico, llamado Techein-tasen, á quien con razon miraban los infieles como una de las columnas de aquella iglesia. Con pretexto de visitar á los enfermos iba de casa en casa á exhortar á los fieles á la constancia, y á unos les daba libros de devoción y á otros rosarios y estampas para sostener y animar su fervor. Le condenaron á ser apaleado y puesto después á la vergüenza, metido el cuello entre dos tablas de tres pies en cuadro y de sesenta á ochenta libras de peso. Aunque este tormento es tan doloroso como infame, fué á echarse á sus pies un jóven á quien habia sacado de pila, y le suplicó llorando que le permitiese ocupar su lugar. «Pues qué, hijo mio (le replicó el virtuoso médico), quieres arrebatarme la corona que me presenta el Señor? No permita Dios que yo te la abandone. Es muy apreciable para mí este favor, y co-

nozco cuánta dicha es ser juzgado digno de padecer algo por un Dios que padeció infinitamente mas por nosotros. Una negativa tan bien fundada solo sirvió para avivar mas los deseos del jóven. Fué, pues, á buscar á los jueces y á suplicarles que le diesen permiso para ocupar el lugar en que estaba el médico. No quisieron darle oídos; pero no desmayó por eso; antes bien acudió volando al lugar del suplicio, persuadido de que le seria mas fácil conseguir aquella gracia de los verdugos que de los jueces; y habiendo llegado tarde, se mostró inconsolable. Encontró al confesor de Jesucristo, que, acardenalado todo el cuerpo y bañado en sangre, hacia que le llevasen á la iglesia, para dar allí gracias al Señor. No podia disimular el gozo de que estaba inundado, y decia á los que iban á consolarle: «no me tengais lástima por lo que he padecido, antes bien sentid que no haya tenido la dicha de dar la vida por nuestro buen Jesus.» El ejemplo de una fe tan heroica, fortaleció á los cristianos y edificó maravillosamente á los idólatras, muchos de los cuales, aun de las clases distinguidas, pidieron el bautismo, á pesar del inminente peligro de ser sacrificados á la rabia del perseguidor.

Entretanto el P. Intorcetta, que veia el gran riesgo á que estaba espuesta la Religion, lo avisó á los jesuitas que residian en la corte, y los instó á que se valiesen del favor que gozaban con el emperador, para contener las tropelías de un tirano que nada menos se proponia que destruir el cristianismo en la China. El P. Gerbillon, que era uno de los mas célebres, comunicó desde luego estas tristes nuevas al personaje mas respetable de la corte que, á pesar de que era infiel, le honraba con una amistad que rayaba en trato familiar. Era este el principe Sosan, emparentado con el emperador, tío inmediato de la emperatriz madre del heredero presuntivo de la corona, condecorado con los mayores empleos, y lo que es mas, por una escepcion sin ejemplar en

los tiempos anteriores, habia egercido diez años enteros el cargo de *colao* ó jefe de los consejos, que es el primero del imperio. Su ingenio vivo y brillante, juicio sólido, penetracion, prudencia y esperiencia, le habian grangeado toda la confianza del emperador, el cual hacia tanto aprecio de sus consejos, que nada ejecutaba sin consultarle. Además de las cualidades que hemos dicho, era naturalmente recto, equitativo, generoso y amigo perfecto. Lo que mas habia contribuido á la amistad de este principe con el P. Gerbillon, fué la paz que negociaron juntos entre los chinos y los moscovitas, cuyo éxito atribuia enteramente el principe (¡tal era la franqueza y nobleza de su alma!) al P. Gerbillon y á su compañero el P. Pereira. Mucha admiracion causó en Francia lo que escribieron entonces desde la China los misioneros franceses, á saber, que aquel imperio y el de Rusia eran limitrofes, y estaban actualmente en guerra, y parecieron tambien cosa muy extraordinaria las conquistas de los moscovitas en las estremidades del Asia, en el discurso del siglo XVII. Veamos como se verificaron estos sucesos.

Penetraron unos siberios hasta Moscovia, en el reinado de Teodoro, segundo gran duque titulado Czar, para vender allí pieles de martas, llamadas *cibellinas* del nombre del país. Como estas peloterías eran mas hermosas que todas las que hasta entonces se habian visto en su clase, y comunes en aquellos vastos desiertos, ofrecian un ramo precioso de comercio. Boris, primer ministro, hombre de gran talento y penetracion, que pensaba ya entonces en subir al trono, como lo consiguió después, envió embajadores á los siberios para convidarlos á que hiciesen alianza con los moscovitas. Estos embajadores se llevaron consigo algunos de los principales de la nacion, que jamas habian tenido habitacion fija, ni casi otra sociedad que con los animales de sus desiertos. Prendados de la grandeza de Moscou,

de la magnificencia de la corte y de la buena acogida que se les dió, recibieron con acciones de gracias la proposicion que se les hizo de que no formasen ya mas que un solo pueblo con los moscovitas, y reconociesen al emperador de Moscovia por su emperador y por su defensor comun. Las relaciones pomposas que hicieron despues á sus compatriotas, los regalos que les llevaban, y las seguridades que les daban de una proteccion poderosa, los movieron sin dificultad á ratificar el tratado.

Unidos de este modo los moscovitas con los siberios, recorrieron las tierras inmensas comprendidas bajo el nombre de Gran-Tartaria, siguieron siempre la misma línea de Occidente á Oriente, declinando algo hacia el Mediodia, edificaron de distancia en distancia ciudades ó fortalezas á la orilla de los principales rios y en los desfiladeros de los montes, para asegurarse el paso, y llegaron hasta la frontera de los tártaros orientales, ó de los tártaros manchus que se habian apoderado de la China. Ninguna oposicion habian encontrado por parte de los tártaros occidentales, poco celosos de algunas plazas dispersas en los dilatados espacios en que siempre andan ellos errantes; al contrario estaban muy gustosos con las caricias que continuamente se les hacian, y con las muchas comodidades que les proporcionaba el trato con los moscovitas. Pero los orientales, disciplinados de otro modo, y vasallos de los emperadores que ellos mismos habian dado á la China, extrañaron mucho que unos desconocidos fuesen á edificar fortalezas en su territorio, y se opusieron á viva fuerza á semejantes empresas. Arrasaron dos veces una de estas fortalezas, y los moscovitas la reedificaron tercera vez en tales términos, que la creyeron inespugnable. Reunidos los manchus y los chinos volvieron á sitiarla; pero como la artilleria europea estaba mejor servida que la de ellos, inutilizó por mucho tiempo sus esfuerzos, y aun les hizo temer que nada adelantarian con la perseverancia. Por otra parte,